

La tensión entre la “teología científica” y la “proclamación de la iglesia”¹

Gerhard Ebeling

Lo que nos preocupa es la proclamación. Ahora bien, parecería ser que proclamación y preocupación son incompatibles. Una parte esencial de la proclamación es la certeza, y de esta debería surgir el gozo. Nos referimos por supuesto a la proclamación cristiana, ya que esta, por su propia afirmación, es la palabra que da certeza. Ser su servidor implica esparcir gozo. Sin embargo, esto nos lleva a reflexionar si las actividades que reclaman ser merecedoras de semejante título pueden, con justa razón, ser consideradas proclamación, sin importar cuanta energía se destine a su preparación. De todas formas, es aconsejable no efectuar afirmaciones sobre este tema. No nos animaríamos a sugerir que las dificultades a las que se enfrenta nuestro tiempo son mayores que antes; ni deberíamos, particularmente en cuanto a proclamación se refiere, dejarnos engañar tan fácilmente por las apariencias externas. Sin embargo, la impresión general es alarmante. En gran parte, el poder de la proclamación de brindar certeza parece haber desaparecido. La mayoría de los predicadores parecen arreglárselas sin ella. Es más probable que las tan poderosas prédicas que de esta forma puedan existir, obtengan su fuerza de la obligación impuesta por ley religiosa, antes que de la urgencia liberadora del evangelio.

Uno de los síntomas que indica que algo no está bien es la queja constante que se escucha acerca de la tensión o brecha que existe entre proclamación y teología. Ahora bien, cualquiera sea el veredicto de semejante acusación, esta al menos indica que estamos frente a un problema real. Por un lado, se acusa a la teología científica de haberse separado de la congregación de los santos y de haber destruido los fundamentos de la fe con su razón crítica. Por otro lado, uno puede estar ciertamente fascinado con el estudio de la teología y con el conocimiento de que ella debe conducir a la proclamación, y aun así encontrar que el camino hacia dicha proclamación se encuentra bloqueado porque uno no es capaz de reconciliar los conocimientos profundos de la teología con los tipos tradicionales de sermones y las expectativas de la supuesta “fiel” congregación. Entre estos dos extremos se encuentra una gran variedad de intentos serios para ocuparse honestamente de la tensión entre la teología científica y la proclamación de la iglesia, intentos de evitar perseguir una sin consideración de la otra, intentos ante todo de encontrar constantemente un nuevo camino que una la exégesis

¹ Extraído de *Theology and Proclamation*, Londres: Collins, 1966, pp. 13-21

con el sermón. Por otro lado existe un circo repleto de diferentes personificaciones del absurdo: la obstinación de aquellos que persisten en su imaginada fe o conocimiento; los cambiantes pretextos de aquellos que intentan honrar a todas las partes pero nunca se animan a enfrentar las contradicciones en las que ellos mismos se involucran; existen malabaristas teológicos que juegan con conceptos y jerga sin siquiera llegar realmente al quid del asunto; están aquellos que se ocupan (¿o deberíamos decir que están atados?) frenéticamente de saltar de un sermón a otro quejándose amargamente en el proceso, pero que en lo secreto no están para nada insatisfechos con estar libres del asunto de la reflexión teológica.

No obstante debemos resistir la tentación de abundar en los detalles y matices de este simple bosquejo y movernos directo hacia el centro de la cuestión: porque lo que queremos es perseguir la causa de la proclamación y eso significa que nuestra preocupación es para con aquellos que -lo sepan o no- esperan en nuestra proclamación. Deberíamos entonces demorarnos lo menos posible en preámbulos, no porque como teólogos tengamos poco tiempo sino porque el tiempo es necesariamente siempre propicio para el tratamiento de las cuestiones teológicas, si es que estas por cierto tratan de Dios y no de cosas insignificantes. La proclamación siempre se encuentra inmersa en pruebas y amenazada por malentendidos, aun en tiempos en los que aparentemente encuentra menos obstáculos para su comprensión. No obstante en algunos aspectos predicar es más difícil hoy porque la situación en la que la proclamación cristiana tiene que darse a entender ha llegado a ser más problemática. Para reducir lo que en realidad es una revolución sumamente compleja e integral del pensamiento humano a una fórmula que tal vez sea demasiado simple (que de todos modos puede ser provechosa para la reflexión), la comprensión metafísica tradicional de la realidad esta siendo remplazada por la comprensión histórica de la realidad. Ahora bien, lo expreso en tiempo presente porque aunque este proceso comenzó hace algunos siglos no se ha concluido enteramente aún y ha producido muchos híbridos; al mismo tiempo que los hombres están lejos de ponerse de acuerdo en su interpretación. Todas las dificultades que la proclamación enfrenta hoy tienen de alguna forma que ver con una transición hacia un modo radicalmente histórico de pensamiento. Ahora bien esto tiene la finalidad ser una afirmación acerca de las raíces de esta transición, y como tal no pretende describir sus (mas superficiales) manifestaciones. Incluso aún, estas parecen indicar que un nuevo factor ha entrado en juego a un nivel muy profundo que ahora deja a los hombres solo con la mas débil relación con el lenguaje cristiano tradicional.

Antes bien, para no caer bajo el hechizo de meros eslóganes, intentemos describir algunos de los rasgos de esta historicidad que tanto domina al hombre en todas las esferas de su actividad y que toma las más diversas formas, que incluye aún- paradójicamente- el completo olvido de la historia y la imprevisión de aquellos que viven solo para el presente. Será mejor comenzar con la relación con la historia que es aun facilitada por la tradición. Este es el simple proceso de *traditio* que es un elemento distintivo en las vidas de los hombres en conjunto, tanto entre los hombres y sus

contemporáneos como entre las generaciones futuras. Sin la *traditio* no habría espíritu ni humanidad real. La *traditio* se transmite en general por las formas obvias y explícitas del discurso, costumbres y reglamentos humanos, por la preservación y propagación de los valores culturales. La formación de esta *traditio* es de vital importancia y es promovida conscientemente por los diferentes medios de preservar, propagar y conmemorar la realidad histórica. Aún en los tiempos modernos los hombres dependen en gran manera de esta relación con la historia.

Ahora lo que es nuevo a este respecto es la forma sorprendente en la que el interés por el pasado ha sido intensificado. No se trata simplemente de que la gente ha llegado a tener más interés en el pasado, sino que este interés parece amenazar el antiguo modo de vida en el seno de una *traditio* aceptada. El interés crítico en el pasado tiene como finalidad liberar a los hombres de su dominación opresiva. En vez de permitir pasivamente que el pasado haga sentir su presencia en la forma normal, los hombres ahora se han vuelto activos y pretenden arrancarle secretos que este no siempre está dispuesto a revelar. La autoridad del pasado ha sido remplazada por el examen crítico de las visiones imperantes de nuestra historia, de nuestra “herencia”, de prejuicios, leyendas y aún de las mentiras del pasado. El énfasis pasó de la tradición a la investigación. El hombre ya no necesita sentir que tiene su lugar dentro de unas pocas corrientes de tradición, sino que buscará ahora encuentros históricos para él mismo a voluntad. Desde ya que es cierto aún que la relación del hombre con sus propias circunstancias históricas particulares podría ser mejor caracterizada como “*geworfenheit*”. Ahora bien, del mismo modo que uno puede elevarse por sobre tradiciones particulares y puede liberarse de ellas (aún si ello implica perder su propia vida resguardada y meterse en las filas de los refugiados espirituales), uno es capaz también, gracias a la amplitud de los conocimientos históricos modernos, de refugiarse en otras épocas, de elegir para uno mismo otro hogar, y poder así cuestionar más radicalmente el propio sentido de pertenencia al tiempo presente.

Esto nos lleva al punto más importante de todos. Fue Troeltsch quien dijo que la expresión “puramente histórico” (*rein historisch*) presupone una propia y completa visión del mundo. Lo que es decisivo no es el desarrollo de métodos cada vez más refinados de indagación histórica, sino la historicización (*historisierung*) radical del propio hombre, de sus maneras de pensar, y de la realidad de manera integral. Ahora sólo podemos entender algo como condicionado históricamente, como parte de un desarrollo histórico. Por un lado, sólo lo histórico tiene alguna validez; por otro lado, toda validez real ha sido quitada de lo histórico. Las consecuencias de esto pueden manifestarse de muchas maneras diferentes; en primer lugar se encuentra el historicismo. El presente se pierde de vista bajo la esmerada labor de acumular hechos detallados sobre el pasado. El futuro se marchita, ahogado por el enorme crecimiento de la conciencia histórica. Uno ya no se anima a existir por derecho propio; uno se contenta con pedirle prestado al pasado su estilo, pero al dominar todos los estilos históricos uno sólo logra perder todo el estilo uno mismo. Sin embargo, esto es menos característico de

nuestro tiempo que lo que se podría llamar la visión activista de la historia. Aquí encontramos el prototipo en el hombre revolucionario emancipado. Este se esfuerza por llegar a dominar el mundo por medio de recursos tecnológicos; se encuentra desarraigado, reducido al estado de un mero funcionario de sus propias necesidades o del sistema totalitario. Como tal, él solo tiene la más débil y arbitraria relación con la historia pasada al mismo tiempo que concentra sus esfuerzos en la dominación de la historia futura. Existe aún una tercera actitud hacia la historia, que hasta ahora ha sido poco advertida, y a la que quiero llamar la visión “diaconal”. Dentro de tal visión, el significado radical de la historia será captado en tanto el hombre secular moderno escuche y responda al pasado en una actitud tanto de sumisión como de disposición a arreglar aquello que ha sucedido antes.

La fe cristiana, que parece estar ligada a una visión autoritaria de la tradición, ha sentido la fuerza de esta nueva interpretación histórica de la realidad en un punto en particular. Pues las paredes desmoronadas de la doctrina ortodoxa de la escritura fueron incapaces de soportar el ataque del método histórico-crítico. Mientras la iglesia enseñaba la inspiración verbal de las escrituras a través de Dios, la indagación histórica mostraba que la Biblia era el resultado de largos y complicados acontecimientos que podían ser registrados por las diversas disciplinas de la historia-tradición, la crítica de las formas, la crítica literaria y por una revisión de la historia del canon y los textos. Sus varias fuentes y los estratos históricos eran aislados. Se ha demostrado que muchos de los detalles de la historia de los documentos, como por ejemplo su autoría, no eran más que piadosas invenciones. Mucho de lo que antes era considerado histórico, es ahora reconocido como legendario. Paralelos trazados con respecto a otras religiones han mostrado que la descripción de las revelaciones divinas es de carácter mítico. La visión bíblica del universo de tiempo y espacio aparece de manera muy diferente a la nuestra.

La teología de los últimos doscientos años fue la responsable de realizar este registro. Al mismo tiempo esta ha intentado, aunque tentativamente, demostrar que esto de ninguna manera altera los fundamentos de nuestra fe. Por el contrario, en muchas formas la Biblia se hace más plástica; comienza a hablar con nueva fuerza; la atención de uno se dirige a los puntos esenciales de la fe; el uso del método histórico-crítico es una defensa contra una comprensión de la revelación que es contraria al espíritu de la reforma. Lo asombroso es que mientras en general la iglesia tiene una consciencia muy intranquila sobre todo el asunto, tiende aun a mantener las cosas vergonzosamente a oscuras, las cuales saltan a la vista para cualquiera que tenga alguna percepción. El resultado es que la ruptura entre la teología y la así llamada “fe de la congregación” ha llegado a ser abrumadoramente grande. Aunque parezca absurdo se considera que la teología es responsable de estos problemas. La fe tradicional de la congregación se constituye a si misma como la norma de la ortodoxia. La ansiedad resultante y la falta de sinceridad subyacente muestran que se ha transformado a la fe de forma desastrosa en el trabajo de apropiarse de lo increíble. Sólo la más desesperada apologética podría lograr que tal “fe” sea escuchada por el hombre moderno con su comprensión histórica

de la realidad esencialmente confundida. Aun así, no logra percatarse de su verdadera obligación de presentarle a este hombre, a quien considera un enemigo a quien es incapaz de amar, el testimonio que le brindaría el regalo de la certeza. La proclamación de la iglesia de este tipo es propaganda *de facto* en contra de la iglesia.

Sin embargo, no debemos equivocarnos en cuanto a la naturaleza de las dificultades que han conducido a esta situación. Pedirle a gente que no tiene ninguna educación teológica que asimile los resultados de una exposición histórica crítica de las escrituras es esperar demasiado. La tensión que existe entre una interpretación naïve de un texto, y su interpretación correcta está en peligro de volverse tan grande que un miembro común y corriente de la congregación apenas pueda entenderlo. Lo que realmente es necesario es que encontremos una forma de testificar sobre la fe cristiana que sea lo convincentemente simple y radical como para superar los problemas causados por la tensión existente entre la palabra y el espíritu o que al menos muestre que dichos problemas son secundarios. No obstante está claro que solo encontraremos tal forma de testificar sobre la fe cristiana si las preguntas que surgen inevitablemente de la indagación histórica no son forzadas a mantenerse ocultas donde solo podrán causar un gran daño. Esto significa que uno no puede evitar estas dificultades mediante el intento de asegurar un área para la fe en la que se encuentre libre de ataques, sobre la base de que la fe nunca debe depender de las vicisitudes de la indagación histórica. Antes bien, la historicidad misma de la fe demanda una proclamación que esté preparada para aguantar someterse a la historia. Esto a su vez genera problemas que son mayores que la mera corrección de detalles en la tradición cuya crítica histórica muestra ser defectuosa. La necesidad de abrazar un modo de pensamiento radicalmente histórico ha puesto fin a todo supranaturalismo y significa que el lenguaje tradicional de la iglesia se ha vuelto ineficaz a tal punto que es solo en la esfera del pensamiento histórico que el lenguaje de la fe se convierte en crucial. Porque ¿cómo puede un discurso acerca de Dios tener algún significado si solo lo histórico es real? Esto apunta a una reconstrucción del pensamiento cristiano, cuya extensión y dirección solo podemos suponer por el momento. Entonces no es difícil entender la atmósfera de ansiedad que existe en la iglesia, si a esta altura la teología misma se encuentra a tientas en la oscuridad.

Hemos intentado mostrar que la tensión existente entre teología y proclamación, sobre la cual hemos escuchado tantas quejas, es consecuencia de la cambiada situación en la que predicamos y que además es una consecuencia que no deberíamos meramente aceptar con resignación. Para ser más preciso, es una consecuencia, por un lado, de la mala disposición del predicador de tomar en serio la nueva situación en la que tiene que predicar y, por otro, del hecho de que aunque la teología ha tomado en serio los problemas provocados por el pensamiento histórico moderno, ha fallado hasta el momento en tratarlos de una manera que sea adecuada, convincente y útil. Claramente las formas en que la gente normalmente discute esta tensión son puramente absurdas. No es suficiente efectuar la acusación de que es la teología la causa de todas nuestras dificultades—cuando en realidad ellas surgen de la realidad en la que nos toca predicar.

Tampoco vamos a llegar muy lejos con la idea de que podemos evitar todos los problemas simplemente negándolos. Pero la idea falsa fundamental yace en la idea de que estamos tratando con dos autoridades independientes que pueden acusarse la una a la otra de fallar en su deber. Si pensamos en la teología como la meditación responsable en la proclamación, entonces claramente no podemos pensar en ella separada de la proclamación. La teología sin la proclamación esta vacía; la proclamación sin la teología es ciega. Es por supuesto bastante adecuado intentar delinear las diferencias entre las dos. La teología constituye una ciencia, la proclamación constituye la iglesia. Ambas definiciones necesitan una formulación más precisa en ciertos aspectos. ¿Podemos realmente afirmar que la teología es una ciencia y, si así fuere, en qué sentido? ¿Qué es lo que en términos concretos caracteriza a la proclamación como consecuencia de la iglesia? Y así como la proclamación, hablando correctamente, es por sí misma la proclamación de la iglesia—como aquella que hace que la iglesia sea la iglesia y como aquella en la que la iglesia es vista como tal— entonces uno debe también ver que la frase “teología científica” es un tautología, esto es, si uno no reduce el concepto de ciencia al punto de volverlo inutilizable. No existe alternativa entre la teología científica y no científica. Si la tarea apropiada de la teología es la meditación responsable en el fenómeno de la proclamación, entonces claramente no debemos interpretar el hecho de que tienen lugares diferentes en el mapa de forma tal que perdamos la unidad de la temática entre teología y proclamación. Ellas son formas diferentes de hablar responsablemente de Dios. De este modo deberíamos situar a nuestro problema base en la esfera de la teología porque ella es el problema de la proclamación. Lo encontraremos primero en la forma de dualidad de la teología histórica y dogmática que ha surgido en tiempos modernos. Debemos ahora proseguir a discutir el problema a este nivel.

Traducción: Daiana M. Stumm